

El Capital
Karl Marx.

PRIMERA SECCIÓN

LA MERCANCÍA Y EL DINERO

CAPÍTULO PRIMERO

La mercancía

I) LOS DOS FACTORES DE LA MERCANCÍA: VALOR EN USO Y VALOR (SUBSTANCIA DE VALOR, CANTIDAD DE VALOR)

La riqueza de las sociedades en las que domina el sistema de producción capitalista se nos presenta «como una inmensa acumulación de mercancías» (1). La mercancía en sí es la forma elemental de la riqueza. Debemos, pues, dar principio a nuestra investigación con el análisis de la mercancía.

La mercancía es primeramente un objeto del mundo exterior, una cosa que por sus propiedades sirve para satisfacer, de alguna manera, las necesidades humanas. Nada importa cuál sea la naturaleza de estas necesidades: es igual que sean del estómago o de la fantasía (2). Tampoco importa aquí de qué manera satisface el objeto las necesidades humanas, si directamente, como alimento, es decir, como objeto de consumo, o indirectamente, como instrumento de producción.

Todo objeto útil, como hierro, papel etc., puede ser considerado desde un doble punto de vista, o sea según su cualidad y según su cantidad. Cada objeto es un complejo de múltiples propiedades, y susceptible, por tanto, de diversas utilidades. El descubrir aquellas distintas propiedades y estos varios usos de las cosas, es accidente histórico (3). Así lo es la invención de una medida social para fijar la cantidad de las cosas útiles. La diversidad de medidas aplicables al conjunto de mercancías depende en parte de la naturaleza de los objetos a medir, y en parte debe su origen a la convención.

La utilidad de una cosa es lo que constituye el valor en uso de la mis-

(1) CARLOS MARX: *Crítica de la Economía política*. Berlín, 1859, página 4.

(2) El deseo implica necesidad, es el apetito del espíritu, tan natural como el hambre del cuerpo...; el mayor número de cosas tienen valor por satisfacer necesidades del espíritu. NICOLÁS BARBON: *A Discourse on coining the new money lighter, in answer to Mr. Locke's Con-*

siderations etc. Londres, 1696, págs. 2-3.

(3) «Las cosas tienen una intrínseca «virtues (ésta es en Barbon, la denominación específica para valor en uso), cuando en todos los lugares tienen la misma virtud, como el imán la de atraer el hierro.» (loc. cit., pág. 16). La propiedad del imán de atraer el hierro fué útil cuando por ella se descubrió la polaridad magnética.

ma (1). Pero esta utilidad no está planeando en el aire. Está condicionada por las propiedades del cuerpo de la mercancía, sin el cual no podría existir. El cuerpo mismo de la mercancía, como hierro, trigo, diamante, etc., constituye, por tanto, un valor en uso, o un bien. Este carácter es independiente del mayor o menor trabajo que la apropiación de esas peculiaridades de uso haya costado al hombre. Los valores en uso se ordenan siempre bajo el supuesto de una determinación cuantitativa, como docenas de relojes, varas de lienzo, toneladas de hierro, etc. El estudio de los valores en uso de las mercancías constituye la materia de una disciplina propia, o sea del arte de la mercancía (2). El valor en uso puede manifestarse bien en el uso, bien en el consumo. Los valores en uso, sea cual fuere la forma social, integran el contenido material de la riqueza. En la forma social que nos proponemos examinar, son a la vez los exponentes materiales del valor en cambio.

El valor en cambio se nos presenta, en primer término, como una relación cuantitativa, como la proporción en que se cambian valores en uso de una clase, contra valores en uso de otra clase (3). Esta proporción varía según las circunstancias de tiempo y de lugar. De aquí que el valor en cambio aparezca siempre como algo casual y puramente relativo, un valor en cambio interno immanente a la mercancía (*valeur intrinsèque*). Es decir, una *contradictio in adjecto* (4). Examinemos la cuestión más de cerca.

Una determinada mercancía, por ejemplo, una cuartilla de trigo, se cambia por «x» betún, o por «y» seda, o por «z» oro, etc. En una palabra, por otras mercancías y en las proporciones más variadas. De modo que el trigo no tendrá, pues, sólo un valor en cambio, sino varios. Pero como «x» betún, así como «y» seda y «z» oro, etc., son iguales al valor en cambio de una cuartilla de trigo, podrán «x» betún, «y» seda y «z» oro sustituirse entre sí o ser, entre sí, iguales valores en cambio. De esto se deduce: primero, que los tipos de valores en cambio de una misma mercancía expresan cantidades iguales. Pero, segundo, que el valor en cambio será sólo la manera de expresión, «la forma de manifestación» de un contenido diferenciable del mismo.

Tomemos, por ejemplo, dos mercancías como trigo y hierro. Cualquiera que sea la proporción de cambio entre ambas, podrán éstas representarse siempre en una ecuación; una determinada cantidad de trigo se equipara a una determinada cantidad de hierro. Como, por ejemplo, 1 cuartillo de

(1) «El valor natural de una cosa consiste en su propiedad de satisfacer las necesidades, o las conveniencias de la vida humana.» (JOHN LOCKE: *Some Considerations, on the Consequences of the Lowering of Interest*, 1691, y en la edición de sus *Obras* de Londres, 1777, V. II, pág. 28). En el siglo XVII encontramos en los escritores ingleses usada frecuentemente la palabra «Worth» para designar el valor en uso y «Value» para valor en cambio, completamente acorde con el espíritu de un idioma que gusta expresar la cosa directa en germánico y la refleja en palabra latina.

(2) En la sociedad burguesa domina la ficción jurídica, que supone que todo

hombre, como comprador de mercancías, posee un conocimiento enciclopédico de las mismas.

(3) «El valor consiste en la relación de cambio en que se encuentran dos cosas, entre una medida determinada de una producción y una medida determinada de otra.» (LE TROSNE: *De l'Intérêt Social, Physiocrates*, ed. Daire, París, 1846, pág. 889).

(4) «Nada puede tener un valor intrínseco» (N. BARBON, loc. cit., pág. 16), como dice Butler:

«The value of a thing

Is just as much as it will bring.

(El valor de una cosa es sólo lo que reporta).

trigo = a un quintal de hierro. ¿Qué expresa esta ecuación? Expresa que en dos cosas distintas, como son un cuartillo de trigo y un quintal de hierro, existe algo común en igual cantidad. Ambas cosas son, pues iguales a una tercera, que en sí no es ninguna de ellas. Para considerar a cada una de esas cosas como un valor en cambio habrá, pues, de ser reductible a esa tercera cosa.

Un sencillo ejemplo geométrico demostrará la evidencia de lo dicho. Para determinar el área de los polígonos, y compararlos entre sí, se descomponen éstos en triángulos. El triángulo, a su vez, se reduce a una expresión completamente distinta de su figura visible, es decir, a la mitad del producto de la base por la altura. Asimismo los valores en cambio de las mercancías deberán, pues, reducirse a un elemento común, en relación con el cual expresarán un más o un menos.

Ese elemento común no podrá ser una propiedad geométrica, o física, o química, ni cualquier otra propiedad natural de la mercancía. Las propiedades corpóreas de la mercancía se consideran tan sólo en relación con su utilidad, y por tanto sólo como valores en uso. Pero, por otra parte, la abstracción de sus valores en uso es precisamente lo que parece caracterizar la relación de cambio de las mercancías. Dentro de ella un valor en uso se considera tanto como cualquier otro, siempre que se dé en la misma proporción, o, como decía el viejo Barbon: «Una mercancía de una clase será tan excelente como una mercancía de otra clase, cuando el valor en cambio de ambas sea cuantitativamente el mismo. Pues entre cosas de igual cantidad de valor en cambio no existe diferencia ni distingo» (1). Como valores en uso las mercancías son, en primer término, de calidad distinta; como valores en cambio sólo podrán ser de cantidad distinta y, por consiguiente, no contendrán ni un átomo de valor en uso.

Si prescindimos del valor en uso de los cuerpos de las mercancías quedará a éstas siempre una propiedad, la de ser productos del trabajo. Pero al prescindir de los valores en uso, el mismo producto del trabajo se transformará entre nuestras manos, porque habremos eliminado de él aquellas formas y elementos corporales que constituían su valor en uso. Ya no será el objeto ni mesa, ni casa, ni hilo, ni otra cosa cualquiera útil. Habremos eliminado, pues, de él todas sus propiedades sensibles. Ya no será tampoco el producto del trabajo del ebanista, del albañil o del hilandero, o como pueda denominarse cualquier trabajo productivo determinado. Al desaparecer el carácter útil del producto del trabajo también desaparecerá el carácter útil de los trabajos expresados en los objetos y tampoco se distinguirán las distintas formas concretas de estos trabajos, puesto que todas quedarán reducidas a un trabajo humano igual, a un trabajo humano abstracto.

Consideremos ahora el residuo del producto del trabajo. No ha quedado de él más que aquella fantasmagórica realidad de ser un mero aglutinado de trabajo humano homogéneo. Es decir, inversión de fuerza de trabajo humano, sin atención a la forma a que este esfuerzo se aplique. Los objetos a que nos referimos nos dicen sólo que en su producción se ha invertido trabajo humano, que en ellos está almacenado trabajo humano. Como cristalizaciones de esa substancia social, común a ellos: son valores, o valores de mercancía.

(1) «Una clase de mercancía es igual a otra, si el valor de ambas es igual... Cien libras esterlinas en plomo o en hier-

ro tienen el mismo valor que cien libras esterlinas en plata u oro.» (N. BARBON, loc. cit. págs. 53 y 7).

En la relación misma de cambio de las mercancías se nos aparecía el valor en cambio de las mismas como algo por completo independiente de su valor en uso. Ahora, si abstraemos realmente el valor en uso de los productos del trabajo, obtendremos el valor de los mismos tal como acaba de determinarse. El elemento común que se expresa en la relación de cambio de las mercancías o valor en cambio, es, pues, lo que constituye el valor de la mercancía. El desarrollo de la investigación nos llevará a considerar el valor en cambio como la expresión necesaria, o forma de manifestación del valor. Sin embargo, habremos de tratar por ahora el valor con independencia de su forma de manifestación.

Un valor en uso, o un bien, sólo vale porque en él está objetivado, o materializado, un trabajo humano abstracto. ¿Cómo, pues, medir la cantidad de su valor? Por el «Cuánto» de «substancia creadora de valor» en él contenida, por el trabajo. La cantidad de trabajo se mide, a su vez, por el tiempo, y el tiempo se computa por días, horas, etc.

Podría parecer que si el valor de una mercancía se determina por la cantidad de trabajo invertida en su producción, cuanto más perezoso e inepto fuera un hombre, tanto mayor valor tendría su mercancía, pues habría invertido mayor tiempo en su producción. Pero, sin embargo, el trabajo creador de sustancia de valor es un trabajo humano igual. Es aplicación de una misma fuerza humana de trabajo. La actividad total de trabajo de una sociedad, que se expresa en el mundo de las mercancías, es una y la misma fuerza humana de trabajo, aunque la integren innumerables actividades individuales. Cada una de estas actividades es igual a las demás, pues posee el carácter de un promedio social de actividad de trabajo, y como tal obra. Es decir, que en la producción de una mercancía se invierte un promedio de trabajo necesario, o de jornada social necesaria. Llamo jornada de trabajo social necesaria a la jornada exigida, dentro de determinadas condiciones sociales normales, y de condiciones medias de habilidad e intensidad, para producir cualquier valor en uso. Después de la introducción de los telares mecánicos en Inglaterra, por ejemplo, bastaba la mitad del trabajo anteriormente invertido para transformar en tejido una determinada cantidad de filatura. El tejedor inglés empleaba en su transformación el mismo tiempo que antes, pero el producto de su hora de trabajo individual se expresaba ahora sólo en media de trabajo social, y descendía, por tanto, a la mitad de su valor anterior.

Por lo tanto, es sólo el «Cuánto» de trabajo social necesario, o de la jornada social necesaria para la producción de un valor en uso, lo que determina la cantidad de valor del mismo (1). Cada mercancía particular no es más que un ejemplar que representa el promedio de la especie (2). Aquellas mercancías que contengan iguales cantidades de trabajo, o que

(1) «El valor de aquellas (las cosas necesarias para la vida), cuando se cambian unas contra otras se regula por la cantidad de trabajo exigido comúnmente para producir las.» «El valor de los objetos de uso en cuánto se cambian entre sí, se determina por la cantidad de trabajo necesariamente exigido para su producción y comúnmente aplicado en ella.» (*Some Thoughts on the Interest of Money in general and particular in the Public Funds, etc.* Londres, pág. 36).

Este notable escritor anónimo del siglo pasado carece de fecha; pero de su contenido se desprende que debió de publicarse bajo Jorge II, alrededor de los años 1739 ó 1740.

(2) «Todas las producciones de una misma clase no forman en realidad más que una masa, cuyo precio se determina en general y sin consideración a las circunstancias especiales.» (LE TROSNE, *De l'Intérêt Social. Physiocrates*, ed. Daire, París, 1846, pág. 893).

hayan sido producidas en una jornada de trabajo igual, tendrán, por tanto, la misma cantidad de valor.

El valor de una mercancía está en relación con el valor de otra mercancía en razón al tiempo de trabajo necesario invertido en producir aquella otra. «Consideradas como valores son todas las mercancías medidas determinadas que aprisionan jornadas de trabajo» (1).

La cantidad de valor de una mercancía permanecería constante si fuera constante el tiempo de trabajo exigido para su producción; pero éste varía con el cambio de la fuerza productiva del trabajo. Varias circunstancias son las que determinan la productividad de dicha fuerza, como son el promedio de habilidad del obrero, los progresos de la ciencia y su aplicación tecnológica, las combinaciones sociales del proceso de la producción, extensión y eficacia de los medios de producción, y las condiciones naturales. En estación favorable, la misma cantidad de trabajo rinde 8 fanegas de trigo, y sólo 4 fanegas en estación desfavorable. La misma cantidad de trabajo rinde mayor cantidad de metal en las minas ricas que en las pobres, etc. Rara vez se presentan los diamantes a flor de tierra; de aquí que el obtenerlos exija un promedio grande de jornada de trabajo. Jacob pone en duda que el oro pueda llegar a pagar su valor total. Con más razón pudiera decirse lo mismo de los diamantes. Según Eschwege, en 1823 la producción total de las minas de diamantes del Brasil durante ochenta años no había alcanzado el precio de producto medio de las plantaciones brasileñas de azúcar y café en año y medio, aunque aquella explotación representaba más trabajo y, por tanto, más valor. Con minas más ricas la misma cantidad de trabajo se expresaría en más diamantes y, por tanto, bajaría su valor. Si se lograra con poco trabajo transformar el carbón en diamantes, sería pronto el valor de éstos inferior al de los ladrillos. En suma: A mayor fuerza productiva del trabajo, menor será la jornada de trabajo exigida para la producción de un artículo. Tanto menor será, pues, la masa de trabajo cristalizado en dicho artículo, y tanto menor el valor de éste. Y viceversa, cuanto menor sea la fuerza productiva del trabajo, tanto mayor será el valor de éste. La cantidad de valor de una mercancía está en relación directa con su cuánto y en relación inversa con la fuerza productiva del trabajo a ella aplicado.

Una cosa puede ser valor en uso sin ser un valor. Este caso se dará cuando su apropiación por parte del hombre no exija trabajo. Ejemplos son el aire, el suelo virgen, las praderas naturales, la leña que se produce espontánea, etc. Una cosa puede también ser útil y producto del trabajo humano sin ser mercancía. Quien satisfaga sus propias necesidades con el propio trabajo crea valores en uso, pero no produce mercancías. Para producir las necesita no producir tan sólo valores en uso, sino valores en uso para los demás, es decir, un valor en uso social.

Y no bastará tampoco producir para los demás. El campesino medieval entregaba al señor feudal parte del grano que producía, como prestación, o a los frailes como diezmo. «Pero ni el grano de la prestación ni el del diezmo eran mercancías por el solo hecho de haber sido producidos para otros. Para producir mercancías, el producto ha de llegar a aquellos para quienes sirve como valor en uso, por medio del cambio (2). Y, finalmente,

(1) C. Marx, loc. cit., pág. 6.

(2) Nota a la cuarta edición. — Intervalo lo que está entre comillas, porque su omisión ha originado con fre-

cuencia el error de que, para Marx, es mercancía todo producto consumido por otro distinto de su productor. — F. E.

no puede ninguna cosa ser valor sin que sea a la vez objeto de uso. Si no tiene utilidad es inútil el trabajo en ella invertido. No podrá considerarse como trabajo, ni constituirá, por tanto, valor alguno.

2) DOBLE CARÁCTER DEL TRABAJO EXPRESADO EN LAS MERCANCÍAS

En su origen se nos apareció la mercancía como un compuesto doble de valor en uso y valor en cambio. Luego vimos que el trabajo, también al expresarse en el valor, pierde aquellas características que le correspondían como creador de valores en uso. He sido el primero en exponer críticamente esta doble naturaleza del trabajo contenido en la mercancía (1). Como éste es el pivote sobre el cual gira toda la comprensión de la Economía política, deberá ser objeto de una explicación detenida.

Tomemos dos mercancías, por ejemplo una chaqueta y diez varas de lienzo. La primera tendrá doble valor que la segunda, de modo que si 10 varas de lienzo = V, la chaqueta será = 2V.

La chaqueta es un valor en uso que satisface una necesidad concreta. Su confección exige una determinada clase de actividad productiva. Esta actividad se determina en atención al fin, y por la manipulación, el objeto, los medios y el resultado. El trabajo, cuya utilidad se expresa en el valor en uso de su producto, o la actividad creadora de valores en uso, es lo que llamamos un trabajo útil. Desde este punto de vista se considera siempre al trabajo en relación con su efecto útil.

Como la chaqueta y el lienzo son valores en uso cualitativamente distintos, los trabajos que los han elaborado serán cualitativamente distintos —trabajo de sastrería y trabajo textil—. Si dichos objetos no fueran valores en uso cualitativamente distintos, no podrían oponerse como mercancías. Un vestido no se cambia contra otro vestido. Un mismo valor en uso no se cambia contra otro mismo valor en uso.

En el conjunto que forman los más distintos valores en uso, o cuerpos de mercancía, se manifiesta un conjunto de otros tantos diversos trabajos útiles distintos, ordenados en razón de género, especie, familia y subespecie. Es decir, una división social del trabajo. Es esta división una condición para la existencia de la producción de las mercancías, aunque, viceversa, esta producción no sea condición para la existencia de la división social del trabajo. En la antigua comunidad india se da la división social del trabajo, sin que por eso los productos se convirtieran en mercancías. O para citar un ejemplo más próximo a nosotros, observaremos que en toda fábrica está el trabajo sistemáticamente dividido, sin que esta división esté condicionada por la exigencia de que los obreros cambien entre sí sus productos individuales. Sólo los productos de trabajos privados, autónomos e independientes entre sí, pueden oponerse como mercancías.

Hemos visto, pues, que en el valor en uso de la mercancía está incorporada una actividad productiva, concretamente especificada, o trabajo útil. Los valores en uso no podrán oponerse como mercancías si no tienen incorporado un trabajo útil cualitativamente distinto. En una sociedad cuyos productos adoptan en general la forma de la mercancía, es decir, en una sociedad de productores de mercancías, esta distinción cualitativa de trabajos útiles, realizados por productores autónomos, en explotaciones privadas independientes entre sí, se desarrolla en un sistema de compleja articulación. En una división social del trabajo.

(1) *Ibid.*, págs. 141-2.

Poco importa a la chaqueta que quien la use sea el sastre o el cliente. En ambos casos afirmará su eficacia de valor en uso. Tampoco se alterará la relación entre el traje y el trabajo necesario a su confección por haberse convertido el oficio de sastre en una profesión independiente, es decir, en miembro autónomo de la división social del trabajo. Al imponerse la necesidad de la indumentaria entre los hombres hubieron de confeccionarse trajes durante miles de años antes que de un hombre naciera un sastre. Pero la existencia de la chaqueta o del lienzo, que son elementos de riqueza material no creados espontáneamente por la naturaleza, dependerá siempre de una actividad productiva, específica y adecuada, que asimile determinadas sustancias naturales a necesidades humanas concretas. El trabajo, pues, como creador de valores en uso, como trabajo útil, es una necesidad natural eterna, una condición de existencia, independiente de toda forma social, que establece la relación entre el hombre y la naturaleza para el sostenimiento de la vida.

Los valores en uso, como chaqueta, lienzo, etc., es decir, las mercancías en general, están compuestas por dos elementos: la sustancia natural y el trabajo. Si deducimos los distintos trabajos útiles integrados en los productos chaqueta o lienzo, etc., quedará siempre un substracto material, como remanente dado por naturaleza, con independencia del hombre. El hombre, al producir, no obra de manera distinta de la naturaleza. Se limita a transformar la materia (1). Y aun a este trabajo de transformación cooperan constantemente las fuerzas naturales. Se aprecia, por tanto, que no es el trabajo la única fuente productora de los valores en uso que constituyen la riqueza material. O como William Petty dice: el trabajo es el padre, pero la tierra es su madre.

Pasemos ahora de la mercancía considerada como objeto de uso a la mercancía considerada como mercancía valor.

Según nuestro supuesto tendrá la chaqueta doble valor que el lienzo. Esta diferencia cuantitativa no nos interesa por el momento. Recordemos, pues, que si el valor de una chaqueta es doble que el de diez varas de lienzo, veinte varas de lienzo tendrán, por tanto, el mismo valor que una chaqueta. Considerados como valores, serán, la chaqueta y el lienzo, cosas de igual sustancia, expresiones objetivas de un trabajo análogo. Pero los trabajos de sastrería y del tejido son trabajos cualitativamente distintos. En ciertas condiciones sociales, sin embargo, el mismo hombre alterna los trabajos de sastrería y tejido, y entonces ambas actividades serán sólo modificaciones del trabajo del mismo individuo y no funciones concretas y fijas de distintos individuos, al modo como la chaqueta que hoy hace nuestro sastre, y los pantalones que hará mañana, son tan sólo variaciones del mismo trabajo individual. Desde luego apreciamos que en nuestra sociedad capitalista las oscilaciones en el ritmo de la demanda de trabajo ha-

(1) Todos los fenómenos del universo, sean producto de la mano del hombre o de las leyes universales de la física, no dan cuenta de las creaciones actuales, sino únicamente de la modificación de la materia. Resuar y separar son los únicos elementos que el ingenio humano encuentra al analizar la idea de la reproducción. Es también una reproducción de valor (de valor en uso, aunque aquí Vozzi en su polémica con-

tra los fisiócratas no sepa él mismo a qué valor se refiere) y de riqueza que la tierra, el aire y el agua se transformen en grano, la secreción de un insecto en seda, o que las partículas de un metal se organicen en un conglomerado. (PIETRO VOTZI: *Meditazioni sulla Economia Politica*. [Impreso por vez primera en 1773, en la edición de *Economistas italiani*, de Custodi, Parte Moderna, t. XV, págs. 22].

CAPÍTULO VI

Capital constante y capital variable

Los distintos factores del proceso del capital tienen una distinta participación en la formación del valor producto.

El trabajador añade al objeto de trabajo nuevo valor al añadirle una determinada cantidad de trabajo, aparte del contenido concreto, de la finalidad y del carácter técnico de su trabajo. Volvemos a encontrar, además, los valores de los instrumentos de producción consumidos, como partes integrantes del valor producto, como, por ejemplo, los valores del algodón y del huso en el valor del hilo. El valor de los instrumentos de producción se conserva, pues, al incorporarse al producto. Esta incorporación se realiza, durante la transformación de los medios de producción en producto, en el proceso de trabajo. El trabajo es su intermediario. Pero ¿cómo?

El trabajador no trabaja doble en el mismo tiempo, al añadir al algodón con su trabajo un nuevo valor, y luego otra vez, para conservarle su antiguo valor. O lo que es lo mismo: para incorporar en el producto hilo el valor del algodón que elabora y el del huso con que elabora. Sino que, por un mero aumento de nuevo valor, mantiene el obrero el antiguo valor. Pero como este aumento de nuevo valor al objeto de trabajo, y la conservación del antiguo valor en el producto, expresan dos resultados completamente distintos que el trabajador realiza en el mismo tiempo, aunque sólo realice una operación en el mismo tiempo, no podrá, evidentemente, este dualismo del resultado, explicarse más que por la dualidad del trabajo del obrero. Tendrá que crear simultáneamente el obrero, bajo una peculiaridad, valor, o conservarlo, e incorporarlo bajo otra peculiaridad.

¿Cómo añade todo trabajador tiempo de trabajo, y, por tanto, valor? Pues siempre sólo con la peculiaridad de su trabajo productivo. El hilador aumenta tiempo de trabajo hilando, el tejedor tejiendo, el forjador forjando. Por esta forma reflexiva, en la que los instrumentos de producción añaden trabajo, y por tanto valor nuevo, hilando, tejiendo, forjando, se convierten estos algodón y huso, hilo y telar, hierro y bigornia, en elementos formadores de un producto, de un nuevo valor en uso (1). La antigua forma de valor en uso desaparece. Pero sólo para invertirse en una nueva forma de valor en uso. El examen del proceso de la formación de valor evidenció que mientras que un valor en uso se desgasta adecuadamente para la producción de un nuevo valor en uso, el tiempo de trabajo necesario para la reposición del valor en uso gastado constituye una parte del tiempo de trabajo necesario para la producción del nuevo valor en uso, que es, por consiguiente, tiempo de trabajo que se incorpora, del instrumento de producción desgastado, al nuevo producto. El trabajador conserva así el valor del instrumento de producción desgastado, o le in-

corpora, como nueva parte integrante del valor, al producto, no por añadirle trabajo general, sino por el carácter especial útil, por la forma productiva específica de este trabajo añadido. Por esta actividad reflexiva de hilar, tejer, forjar, despierta el trabajador, por su nuevo contacto, a los instrumentos de producción de entre los muertos, les infunde el espíritu de factores del proceso del trabajo y se liga con ellos en la forma de productos.

Si el trabajo específico productivo del obrero no fuera el de hilar, no podría transformar el algodón en hilo, es decir, tampoco podría incorporar el valor del algodón y el del huso en el hilo. Si, por el contrario, el mismo trabajador cambia de oficio y se hace ebanista, añadirá, ahora como antes, con su jornada de trabajo, valor al material. Se lo añadirá, pues, por su trabajo, no en cuanto éste sea trabajo de hilar o de carpintear, sino en cuanto sea trabajo social abstracto, y añade una determinada cantidad de valor, no porque su trabajo tenga un contenido concreto útil, sino porque invierte en su trabajo un determinado tiempo. El trabajo del hilador añade a los valores del algodón y del huso un nuevo valor por su propiedad general abstracta de ser fuerza de trabajo humano, y así incorpora, en su peculiaridad concreta, especial y útil del proceso de hilar, el valor de estos instrumentos de producción al producto, y obtiene así su valor en el producto.

Por la mera adición cuantitativa de trabajo se añade un nuevo valor. Por la cualidad del trabajo añadido se mantienen en el producto los antiguos valores de los instrumentos de producción. Este doble efecto del mismo trabajo, a consecuencia de su doble carácter, aparece de un modo palpable en varias de sus manifestaciones.

Supongamos que un invento cualquiera capacita al hilador para hilar en 6 horas tanto algodón como el que antes hilaba en 36 horas. Su trabajo, como actividad productiva útil y reflexiva, ha sextuplicado su fuerza. Su producto será ahora 6 veces más hilo, es decir, 36 en vez de 6 libras. Pero las 36 libras de algodón absorberán ahora tanto tiempo de trabajo como antes las 6. Se les añadirá ahora 6 veces menos trabajo que con el método antiguo, y, por tanto, sólo $\frac{1}{6}$ de su valor anterior. Pero, por otra parte, existirá ahora un valor 6 veces mayor de algodón en el producto, o sea en las 36 libras de hilo. En las 6 horas de hilar se obtiene un valor 6 veces mayor de materia prima, que se incorpora en el producto, no obstante que a esta misma materia prima se le añade un nuevo valor 6 veces menor. Esto indica que la peculiaridad por la que el trabajo recibe valor durante el mismo proceso indivisible es esencialmente distinta de la peculiaridad en la que crea valor. Cuanto más tiempo de trabajo necesario se invierte durante la operación de hilar en la misma cantidad de algodón, tanto mayor será el nuevo valor que se añade al algodón; pero cuanto más libras de algodón se hilan en el mismo tiempo de trabajo, tanto mayor será el antiguo valor que se obtenga en el producto.

Pero supongamos, a la inversa, que la productividad del trabajo de filatura no varíe, que el hilador necesite ahora, como antes, el mismo tiempo para transformar en hilo una libra de algodón, pero que el valor en cambio del algodón se altere, es decir, que el precio de una libra de algodón suba o baje el séxtuplo. En ambos casos seguirá añadiendo el hilador, a la misma cantidad de algodón, el mismo tiempo de trabajo, es decir, el mismo valor, y en ambos casos producirá, en el mismo tiempo, la misma cantidad de hilo. Pero, sin embargo, el valor que el trabajador incorpora del algodón al hilo, el producto, será en un caso 6 veces menor,

(1) «El trabajo de una creación nueva por otra que desaparece.» *An Essay on the Polit. Econ. of Nations*, Londres 1821, pág. 13.)

y en el otro 6 veces mayor que antes. Y lo mismo ocurrirá cuando los instrumentos de producción encarezcan, o se abaraten, pero desempeñando el mismo servicio en el proceso del trabajo.

Si no se alteran las condiciones técnicas del proceso de la producción y los instrumentos de producción no sufren ninguna alteración de valor, gastará el hilador, antes como ahora, el mismo tiempo de trabajo y la misma cantidad de materia prima y de maquinaria del mismo valor. El valor que el trabajador obtenga en el producto estará, pues, en relación directa con el nuevo valor que sustituye. En dos semanas habrá añadido dos veces más trabajo, es decir, dos veces más valor, y habrá también gastado dos veces más material, de dos veces más valor, y habrá desgastado dos veces más maquinaria de dos veces más valor, y obtendrá, por consiguiente, en el producto de dos semanas dos veces más que en el producto de una semana. Dadas iguales condiciones de producción, obtendrá el trabajador tanto más valor cuanto más valor añada, pero no obtendrá más valor por haber añadido un valor, sino porque lo ha añadido bajo condiciones iguales e independientes de su propio trabajo.

Cierto que se podría decir, en un sentido relativo, que el obrero obtiene constantemente valores antiguos en la misma proporción en que añade los nuevos. Aunque el algodón suba de 1 chelín a 2 chelines, o baje a 6 d., siempre obtendrá el trabajador en el producto de una hora, cambie como cambie el valor del algodón, la mitad que en el producto de dos horas. Y si además la productividad de su propio trabajo aumenta o disminuye, obtendrá, por consiguiente, en una hora de trabajo más o menos algodón hilado que antes, y el valor de más o menos algodón en el producto de una hora de trabajo. Con todo obtendrá, en dos horas de trabajo dos veces más valor que en una hora.

El valor, prescindiendo de su representación tan sólo simbólica en los signos de valor, sólo existe en un valor en uso, en una cosa. El hombre mismo, considerado como mercancía existente de fuerza de trabajo, es un objeto natural, una cosa, aunque una cosa viva y consciente, y el trabajo mismo es una manifestación material de aquella fuerza. Si se pierde el valor en uso, se pierde también el valor. Los instrumentos de producción no pierden su valor al perderse su valor en uso, porque por el proceso del trabajo sólo pierden en realidad la figura primera de su valor en uso, para adquirir, en el producto, la figura de otro valor en uso. Pero por muy importante que sea para el valor el existir en cualquier valor en uso, le importa poco existir en cualquiera de ellos, como lo ha demostrado ya la metamorfosis de las mercancías. Se deduce de aquí que en el proceso del trabajo se incorpora en el producto el valor de los instrumentos de producción. Sólo en el grado en que el instrumento de producción pierda con su uso propio su valor en cambio rinde el valor en el producto. Los factores materiales del proceso del trabajo se relacionan a este respecto de maneras distintas.

El carbón con el que se alimenta la máquina desaparece sin dejar rastro, así como el aceite con que se engrasan los ejes de las ruedas, etcétera. La pintura y otras substancias auxiliares desaparecen también, pero se manifiestan en la peculiaridad del producto. La materia prima constituye la substancia del producto, pero habrá variado de forma. La materia prima, y las materias auxiliares, pierden, pues, su figura propia con la que entraron en el proceso del trabajo como valores en uso. No sucede lo mismo con los instrumentos de trabajo propiamente dichos. Una herramienta, una máquina, el edificio de una fábrica, un recipiente, etc., sirven en el proceso del trabajo sólo mientras conservan su forma primera; se agregan

a él en la misma forma, hoy como ayer. Y así como durante su vida del proceso del trabajo conservan su figura propia frente al producto, también después de su muerte los cadáveres de máquinas, herramientas, talleres, etc., seguirán existiendo, aun separados de los productos que ayudaron a formar. Examinemos el período total en que dichos instrumentos de trabajo sirven, desde el día de su entrada en el taller hasta el día en que se almacenan como trastos viejos, y veremos que durante este período su valor en uso ha sido consumido completamente por el trabajo, y que su valor en cambio ha pasado por completo al producto. Si una máquina de hilar ha tenido, por ejemplo, una vida de diez años, su valor total habrá pasado en el proceso del trabajo al producto de estos diez años. La vida de un instrumento de producción abarca un número mayor o menor de procesos de trabajo constantemente renovados. Y sucede con los instrumentos de trabajo lo mismo que con los hombres. Con cada día que pasa vivirá el hombre veinticuatro horas menos, pero no se ve en un hombre la cantidad de días menos que le quedan de vida. Pero esto no impide a las Sociedades de Seguros sacar muy buenos y sólidos beneficios especulando sobre el promedio de la vida media humana. Y lo mismo ocurre con los instrumentos de trabajo. Se sabe por experiencia cuánto tiempo resistirá, por término medio, un instrumento de trabajo, por ejemplo una maquinaria de cierta clase. Y, supuesto que su valor en uso en el proceso del trabajo dure sólo 6 días, perderá, por término medio, en cada día de trabajo $\frac{1}{6}$ de su valor en uso, y dará, por tanto, $\frac{1}{6}$ de su valor al producto diario. De esta manera se calcula el desgaste de todos los instrumentos de trabajo, por ejemplo, su pérdida diaria como valores en uso, y su correspondiente tributo que rinden al valor diario al producto.

Así se manifiesta, de manera evidente, que un instrumento de producción nunca transmite al producto más valor que aquella parte de su propio valor en uso que pierda por destruirse en el proceso del trabajo. Si no tuviese ningún valor que perder, es decir, si no fuera él mismo producto del trabajo humano, no transmitiría ningún valor al producto. Serviría de formador de valor en uso, sin ser formador de valor en cambio. Este es el caso de todos aquellos instrumentos de producción que la naturaleza ofrece, sin que intervenga en ellos la actividad humana, como son la tierra, el aire, el agua, el hierro y sus filones.

Otro problema interesante se nos presenta ahora. Una máquina, que supongamos valga 1.000 libras esterlinas, se desgasta en 1.000 días. En este caso se transmitirá diariamente $\frac{1}{1.000}$ del valor de la máquina al producto diario. Simultáneamente, aunque con fuerza disminuida, influirá siempre toda la máquina en el proceso del trabajo. Así se manifiesta que un factor del proceso del trabajo, un instrumento de producción interviene totalmente en él, pero sólo parcialmente en el proceso del incremento. La diferencia entre proceso de trabajo y proceso de incremento se refleja aquí en sus factores materiales, en tanto que el mismo instrumento de producción se considera, en el caso del producto del trabajo, como elemento que interviene totalmente, y en el de la formación del valor, como elemento que sólo interviene por trozos (1).

(1) No se trata aquí de las reparaciones de los medios de trabajo, máquinas, construcciones, etc. Una máquina, al ser reparada, no funciona como medio de trabajo, sino como objeto de trabajo. No se trabaja con ella, sino que ella misma

es trabajada para reparar su valor de uso. Podemos siempre suponer esos trabajos de reparación incluidos en el trabajo requerido para la producción del medio de trabajo. En el texto se trata del desgaste que ningún doctor puede curar y

Pero también, y a la inversa, podría un instrumento de producción intervenir totalmente en el proceso de incremento, y sólo a trozos en el trabajo. Supongamos que, al hilar el algodón, de 115 libras 15 no sirvieran para producir hilo, sino sólo fueran *wheel's dust*. Sin embargo, si este desperdicio de 15 por 100 es normalmente inseparable del promedio de elaboración del algodón, interviene el valor de 15 libras de algodón, que es elemento del hilo, en el valor del hilo, tanto como el valor de las 100 libras que forman su substancia. El valor en uso de 15 libras de algodón es, por tanto, una condición para la producción del hilo. Por esta circunstancia su valor se transmite en el valor del hilo. Lo mismo se dirá de todos los residuos del proceso del trabajo, en la medida en que estos residuos no forman nuevos instrumentos de producción y, por consiguiente, nuevos valores en uso propios. Así vemos en las grandes fábricas de maquinaria de Manchester que las virutas de hierro, que sacan máquinas ciclópeas como si elaboraran madera, vuelven a salir al final de la jornada en carros desde la fábrica a la fundición, para retornar a la fábrica en forma de hierro fundido.

Sólo si los instrumentos de producción pierden durante el proceso del trabajo valor en la forma de su antiguo valor en uso, transmitirán valor a la nueva forma del producto. El máximo de la pérdida de valor que podrían sufrir en el proceso del trabajo, estará evidentemente limitado por la cantidad primitiva de valor con la que entraron en el proceso del trabajo, o por el tiempo de trabajo necesario exigido para su propia producción. Los instrumentos de trabajo no podrán añadir al producto más valor que aquel que tengan independientemente del proceso del trabajo al que sirven. Por muy útil que sea un material de trabajo, como, por ejemplo, una máquina, si ese material cuesta 150 libras esterlinas, o digamos 500 días de trabajo, no añadirá nunca al producto total a cuya formación sirve más que 150 libras esterlinas. Su valor estará determinado, no por el proceso del trabajo en el que interviene como instrumento de producción, sino por el proceso del trabajo del cual sale como producto. El proceso del trabajo sirve sólo como valor en uso, como una cosa con propiedades útiles, y si no diera valor al producto tampoco lo hubiera tenido antes de su entrada en el proceso de la producción (1).

que trae poco a poco la muerte; de esa clase de desgaste que no puede ser reparado de tiempo en tiempo, y que, en el caso de un cuchillo, lo reduciría al fin a un estado en que el cuchillero dijera de él: no vale la pena de una nueva hoja». Se ha visto en el texto que una máquina, por ejemplo, entra por entero en cada proceso particular de trabajo, pero sólo por partes en el simultáneo proceso de valorización. Puede juzgarse, según eso, la siguiente confusión de conceptos: «Mr. Ricardo habla de la parte del trabajo del ingeniero al hacer máquinas de hacer medias, como contenido, por ejemplo, en el valor de un par de medias. Sin embargo, el trabajo total que produjo cada par de medias... incluye el trabajo entero del ingeniero, no una parte; porque una máquina hace muchos pares y ninguno

de esos pares podría haber sido hecho sin todas las partes de la máquina. (Observations on certain verbal disputes in Pol. Econ., particularly relating to value and to demand and supply, Londres, 1821, pág. 54.) El autor, un *wisacore* de una pensión poco común, no tiene razón en su confusión y en su polémica sino en cuanto ni Ricardo, ni ningún otro economista, antes o después de él, han distinguido con exactitud ambos lados del trabajo, y, por lo tanto, han analizado aún menos sus distintos papeles en la formación de valor.

(1) Se comprende, según eso, lo absurdo del insipido J. B. Say, que quiere derivar la plusvalía (interés, ganancia, renta) de los *services productifs* que los medios de producción, tierra, instrumentos, cuero, etc., prestan en el proceso de trabajo por medio de sus valores de uso.

Al transformar el trabajo productivo los instrumentos de producción en elementos formadores de un nuevo producto, realiza una transmigración del valor. El valor transmigra, de un cuerpo gastado a una nueva forma corporal. Pero también esta transformación anímica se realiza a espaldas del trabajo real. El obrero no podrá añadir nuevo trabajo, y por consiguiente no podrá crear nuevo valor, sin conservar valores antiguos, pues tiene que añadir el trabajo siempre en forma concreta y útil, y no lo podrá añadir en forma concreta y útil sin convertir los productos en instrumentos de producción de un nuevo producto y transmitir así su valor al nuevo producto. Es, pues, un don especial de la actividad de la fuerza de trabajo, del trabajo vivo, el conservar valor añadiendo valor, un don natural el de conservar el valor existente que al trabajador nada le cuesta y que al capitalista mucho le aporta (1). Mientras que el negocio marche bien, el capitalista estará lo suficiente absorto en el negocio del *plus* para no ver el carácter gratuito del trabajo. Pero las interrupciones violentas del proceso del trabajo, las crisis, le darán sensibilidad bastante para apreciarlo (2). Lo consumido en los instrumentos de producción es el propio valor en

El señor Wilhelm Roscher, que no pierde fácilmente la ocasión de registrar por escrito ingeniosas ocurrencias apoloéticas, exclama: «Muy exactamente observa J. B. Say, *Traité*, t. I, c. IV, que el valor producido por un molino de aceite, deducidos todos los gastos, es algo nuevo, esencialmente distinto del trabajo por cuyo medio el mismo molino de aceite ha sido creado.» (Ob. cit., pág. 82, nota.) ¡Muy exactamente! El aceite producido por el molino de aceite es algo muy distinto del trabajo que cuesta la construcción del molino. Por valor entiende el Sr. Roscher cosas tales como aceites, puesto que el aceite tiene valor; pero como en la naturaleza se encuentra aceite mineral, aunque relativamente no muchos, él hace esta otra observación: «Ella (la Naturaleza!) casi no produce valores de cambio.» A la Naturaleza de Roscher le pasa con el valor de cambio lo que a la joven que contaba haber tenido un hijo, (pero tan pequeño) El mismo sabio (*savant sérieux*) observa también, en la ocasión arriba indicada: «La escuela de Ricardo acostumbra a comprender también el capital en el concepto de trabajo, como trabajo reservado. Esto es inhábil (1), porque (1) el poseedor del capital (1) ha hecho, por supuesto (1), más (1) que la simple (2) producción (2) y (2?) conservación del mismo (¿de cuál?): abstenerse de un placer por el cual exige intereses, por ejemplo.» (Ob. cit.) ¡Cuán hábil es este método anatómo-fisiológico de la economía política, que de una simple exigencia saca ya valores!

(1) «De todos los instrumentos del oficio de cultivador, el trabajo humano...

es aquel con que más puede contar para reembolsar su capital. Los otros dos— los animales de trabajo y los... carros, arados, azadas, etc.—, sin una porción determinada del primero, no son nada absolutamente.» (EDMUND BURKE, *Thoughts and details on scarcity*, originally presented to the Rt. Hon. W. Pitt in the month of November 1795, ed. Londres 1800, pág. 10.)

(2) En *The Times* del 26 de noviembre de 1862, un fabricante cuya hilandería ocupa 800 obreros y consume semanalmente un término medio de 150 balas de algodón de la India o, poco más o menos, 130 balas de americano, se lamenta ante el público de los gastos anuales que le ocasiona el paro de su fábrica. Los aprecia en 6.000 libras esterlinas. Entre esos gastos se encuentran muchos de que no tenemos ahora que ocuparnos, como la renta del terreno, los impuestos, las primas de seguros, los salarios de trabajadores contratados por año, gerente, tenedor de libros, ingeniero, etc. Pero, además, calcula él 150 libras esterlinas de carbón para calentar la fábrica de cuando en cuando y poner ocasionalmente en movimiento la máquina de vapor, aparte del salario de los trabajadores empleados a veces para mantener corrientes la maquinaria. Cuenta, por fin, 1.200 libras esterlinas por deterioro de la maquinaria, pues el tiempo y el principio natural de deterioro no suspenden sus operaciones porque la máquina de vapor deje de girar. Hace notar, expresamente, que esta suma de 1.200 libras esterlinas es tan moderada porque la maquinaria se encuentra ya muy gastada.

uso, y por este consumo crea el trabajo el producto. Pero el valor en sí de esos instrumentos subsiste sin consumirse, y al no consumirse no podrá reproducirse (1). El valor se conserva, pero no porque opere en el proceso del trabajo, sino porque el valor en uso, en el cual existía previamente, desaparece en efecto, pero desaparece en otro valor en uso. De aquí que el valor de los instrumentos de producción reaparezca en el valor del producto, aunque hablando con propiedad no podrá decirse que se reproduzca, puesto que lo que se reproduce es un nuevo valor en uso, en el que aparece el antiguo valor en cambio (2).

No ocurre lo mismo con el factor subjetivo de la producción, con la fuerza de trabajo en actividad. Mientras que, por razón de su forma adecuada, el trabajo conserva y transmite al producto el valor de los instrumentos de la producción, cada momento de su actividad crea un valor adicional, un nuevo valor. Supongamos que el proceso de producción se interrumpe en aquel punto en que el obrero haya producido un equivalente del valor de su propia fuerza de trabajo, es decir, a las seis horas de trabajo, por ejemplo, en que haya añadido un valor de 3 chelines. Este valor constituye el excedente del valor de producto sobre la parte que corresponde al valor de los instrumentos de producción. Este será el único valor original que habrá engendrado dentro de este proceso, la única parte del valor del producto que se ha producido por el proceso mismo. Es cierto que este valor sólo compensará el dinero anticipado por el capitalista al comprar la fuerza de trabajo, y gastado por el obrero mismo en medios de subsistencia. Con relación a los 3 chelines gastados, aparecerá el mero valor de 3 chelines sólo como una reproducción. Pero se ha reproducido realmente, y no sólo en apariencia, como el valor de los instrumentos de producción. La sustitución de un valor por otro se ha realizado por intermedio de una nueva creación de valor.

Ya sabemos, sin embargo, que el proceso de trabajo no se detiene al llegar al límite en que haya producido un nuevo equivalente del valor de la fuerza de trabajo. En vez de las 6 horas que exige ese trabajo, el proceso podrá prolongarse hasta 12 horas por ejemplo. Por su actividad la fuerza de trabajo no sólo reproduce su propio valor, sino que produce un excedente del valor del producto sobre el de sus elementos creadores consumidos, los instrumentos de producción y la fuerza de trabajo.

(1) «Consumo productivo: cuando el consumo de un artículo es parte del proceso de producción... En estos casos no hay consumo de valor.» (S. P. NEWMAN, ob. cit., pág. 296.)

(2) En un compendio norteamericano, que quizá ha tenido ya veinte ediciones, se lee: «No importa en qué forma reaparezca el capital.» Después de una prolija enumeración de todos los ingredientes posibles de la producción cuyo valor reaparece en el producto, dice por fin: «Las diversas clases de alimento, vestido y habitación necesarias para la existencia y comodidad del ser humano se transforman, pues. Son consumidas de tiempo en tiempo, y su valor reaparece en el nuevo vigor comunicado a su cuerpo y a su mente, formando nuevo capital, para

ser empleado otra vez en el trabajo de la producción.» (F. WEYLAND, ob. cit., páginas 31-32.) Prescindiendo de todas las otras maravillas, no es, por ejemplo, el precio del pan lo que reaparece en la fuerza renovada, sino sus substancias formadoras de sangre. Lo que, por el contrario, reaparece como valor de la fuerza, no son los medios de subsistencia, sino su valor. Los mismos medios de subsistencia, cuando no cuestan sino la mitad, producen, exactamente, tanto músculo, hueso, etc., en una palabra, la misma fuerza, pero no fuerza del mismo valor. Esta transformación de «valor» en «fuerza», y toda esa obscuridad farisaica, ocultan la tentativa, vana por lo demás, de conseguir una plusvalía por la simple reaparición de valores adelantados.

Al exponer los distintos papeles que desempeñan los diversos factores del proceso del trabajo en la creación del valor del producto, hemos caracterizado en realidad las funciones que desempeñan las distintas partes constitutivas del capital en su propio proceso de producción. El excedente del valor total del producto sobre la suma del valor de sus elementos constitutivos será el excedente del capital incrementado sobre el excedente del capital primitivamente anticipado. Los instrumentos de producción de un lado, la fuerza de trabajo del otro, son las distintas formas de existencia que el capital primitivo adoptó, al desposeerse de su forma de dinero y al transformarse en los factores del proceso de trabajo.

Por tanto, la parte del capital que se conmuta en instrumentos de producción, es decir, en materias primas, materias auxiliares e instrumentos de trabajo, no altera la cantidad de valor en el proceso de la producción. A ésta la llamo la parte constante del capital, o el capital constante.

Por el contrario, la parte de capital conmutada en fuerza de trabajo altera su valor en el proceso de la producción, reproduce su propio equivalente y un excedente sobre éste, plusvalía, que puede a su vez alterarse, ser mayor o menor. Esta parte del capital se transforma de una cantidad constante en una cantidad variable, y por lo tanto la llamaré la parte variable del capital o capital variable. Estas mismas partes integrantes del capital, que desde el punto de vista del proceso del trabajo pueden considerarse como factores objetivos y subjetivos, como instrumentos de producción y fuerza de trabajo, se distinguirán, desde el punto de vista del proceso de incremento, en capital constante y capital variable.

El concepto del capital constante no excluye, en modo alguno, un cambio brusco en el valor de sus elementos integrantes. Supongamos que la libra de algodón cuesta hoy 6 d. y suba mañana, a consecuencia de una mala cosecha, a un chelín. La antigua compra del algodón, que sigue siendo elaborado y que fué adquirido a 6 d., añade ahora al producto una parte del valor de un chelín, y al algodón ya hilado, que acaso circulase ya en el mercado en forma de hilo, añade asimismo al producto el doble de su valor originario. Se ve, sin embargo, que estas alteraciones de valor son independientes del incremento de valor del algodón dentro del mismo proceso de filatura. Si el algodón antes adquirido no hubiera entrado aún en el proceso del trabajo, podría haber sido revendido en un chelín en vez de en 6 d. Y a la inversa: Cuanto más corto sea el proceso del trabajo que haya recorrido, más seguro será este resultado. Es, pues, una ley de la especulación; en estos casos de revoluciones de valor, conviene especular con la materia prima de menor elaboración. Es decir, especular mejor con hilo que con tejidos, y mejor con algodón que con hilo. La alteración de valor se origina aquí en el proceso productor de algodón, no en aquel proceso en que el algodón funciona como instrumento de producción, y, por consiguiente, como capital constante. El valor de una mercancía está efectivamente determinado por la cantidad de trabajo en ella contenido; pero esta cantidad se determina socialmente si el tiempo de trabajo social necesario para su producción se ha alterado, y la misma cantidad de algodón, por ejemplo, en caso de una mala cosecha, representa una cantidad de trabajo mayor que en una cosecha buena. La alteración se reflejará en la antigua mercancía, a la que se seguirá considerando como un ejemplar individual dentro de su especie (1), y cuyo valor se medirá constantemente por el

(1) «Todas las producciones de un mismo género no forman propiamente sino una masa, cuyo precio se determina en general y sin atender a las circunstancias particulares.» (LE TROSNÉ, ob. cit., pág. 893.)

tiempo de trabajo social. Es decir, que se medirá constantemente atendiendo a las condiciones sociales del momento de ese trabajo.

Así como se altera el valor de las materias primas, puede también alterarse el valor de los instrumentos de trabajo que sirven ya en el proceso de la producción, como la maquinaria, etc., etc., y, por consiguiente, también se alterará la parte de valor que aquéllos transmiten al producto. Si, por ejemplo, a consecuencia de haberse inventado una maquinaria nueva se produce más trabajo de la misma clase con menos esfuerzo, la antigua maquinaria se desvalorizará y transmitirá en la proporción correspondiente un valor mayor o menor al producto. Pero también aquí se realiza la alteración de valor fuera de aquel proceso de producción en que la máquina funciona como instrumento de producción. En este proceso la máquina no transmitirá nunca más valor que aquel que independientemente de este proceso posea.

Así como un cambio en el valor de los instrumentos de producción, aunque influya retroactivamente después de su entrada en el proceso de la producción, no cambia el carácter del capital constante, tampoco un cambio en la producción entre el capital constante y el capital variable modificará su diferencia funcional. Transfórmense las condiciones técnicas del proceso del trabajo de modo que si diez obreros con diez herramientas de valor mínimo elaboraban antes una masa relativamente pequeña de materia prima, un obrero con una máquina cara elabore ahora 100 veces más materias primas. En este caso el capital constante, es decir, la masa de valores de los instrumentos de producción aplicados habrá subido gradualmente y la parte variable del capital, la parte anticipada en fuerza de trabajo, habrá descendido gradualmente. Este cambio no altera, sin embargo, más que la proporción entre el capital constante y el variable, o la proporción en que se descompone el capital total en sus partes constante y variable, pero no afectará, por lo contrario, a la distinción entre capital constante y variable.

CAPÍTULO VII

La cuota de capitalización

1) EL GRADO DE EXPLOTACIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO

La plusvalía que el capital anticipado C ha engendrado en el proceso de la producción, o sea el incremento de valor del capital C , se expresa, en primer término, como un excedente del valor del producto respecto a la suma del valor de los elementos de su producción.

El capital se descompone en dos partes: en una suma de dinero c , invertida en los instrumentos de producción, y en otra suma de dinero v , invertida en fuerza de trabajo. Representará c aquella parte de valor transformada en capital constante y v la transformada en capital variable. En su origen es, pues, $C = c + v$. Por ejemplo, el capital anticipado de 500

libras esterlinas será $500 \text{ lib. est.} = \overbrace{410 \text{ lib.}}^c + \overbrace{90 \text{ lib.}}^v$. Al final del proceso de la producción nace la mercancía, cuyo valor será: $= \overbrace{c}^c + \overbrace{v}^v + \overbrace{p}^p$, en

donde p expresa la plusvalía, por ejemplo, $410 \text{ lib. est.} + 90 \text{ lib. est.} + 90 \text{ lib. est.}$. El capital originario C se ha transformado en C' , se ha transformado de 500 lib. est. en 590 . La diferencia entre ambos capitales será: $= p$, o sea una plusvalía de 90 . Como el valor de los elementos de la producción es igual al valor del capital anticipado, resultará, en efecto, la tautología de que el excedente del valor producto sobre el valor de los elementos de su producción sea igual al incremento de valor del capital anticipado, o igual a la plusvalía producida.

Habremos, pues, de concretar esta tautología. Lo que se compara con el valor del producto es el valor de los elementos productores consumidos en su producción. Ahora bien; ya hemos visto que la parte de capital constante c invertida, que está integrada por los elementos de la producción, transmite al producto sólo una porción de su valor, mientras que la otra porción sigue existiendo en su anterior forma. Como esta porción no desempeña papel ninguno en la formación del valor, podremos por ahora prescindir de ella. Su inclusión en la cuenta en nada alteraría el resultado. Supongamos que $c = 410 \text{ lib. est.}$ está constituido por 312 lib. est. de materia prima, más 44 lib. est. de substancias auxiliares y por 54 lib. est. por desgaste de maquinaria, y que el valor de la maquinaria realmente empleada sea de 1.054 lib. est. Computamos sólo 54 lib. est. como valor anticipado para la creación del valor del producto, que es lo que pierde la maquinaria al realizar su función, y lo que transmite por tanto al producto. Si incluyéramos en la suma las 1.000 lib. est. que continúan existiendo en su antigua forma, la de máquina de vapor, tendríamos que sumar esa partida dos veces: